

grandezas de ese túmulo en sus relaciones con el cielo, con la historia y con nuestros corazones.

Diez años y ocho meses han transcurrido desde el día solemne y hermoso en que en esta misma Basílica celebráramos el Jubileo Sacerdotal de nuestro muy amado padre el Ilmo. Sr. Loza.

Tuve entonces la satisfacción de interpretar desde esta misma cátedra sagrada vuestras grandes ideas y nobles sentimientos en aquella grandiosa fiesta jubilar.

¡Ah, recordad las alegrías inmensas, los bellos esplendores de aquel día de gloria!

El respeto, la amistad, la gratitud, la sinceridad, enlazados por la religión, la ciencia y el arte en síntesis hermosa, ofrecieron a la Providencia divina rítmico cantar de acción de gracias por el sacerdocio fecundo del ilustre Metropolitano.

¿Recordáis, Señores? Vuestro bondadoso padre ahí, en el esplendente trono pontifical colocado junto a la base de aquella columna; ahí, con semblante conmovido y cariñoso, con el gran respeto que siempre observaba en el templo, recibió nuestra filial ovación. . . .

¿Recordáis? Vosotros, radiantes de alegría, elogiábais a nuestro padre y yo gozoso interpreté vuestro cariño. . . .

¿Recordáis? Esta monumental y hermosa Basílica aparecía ricamente adornada como la esposa para el día de sus bodas; y el venerable clero, la junta organizadora de aquellas fiestas, el comercio, la industria, las apreciables familias de la sociedad, las asociaciones de piedad, de caridad, de culto, las escuelas católicas, llenaban este templo, llenos de santo entusiasmo; y los torrentes de clásicas y sublimes armonías que a la acción de Dios brotaron del espíritu del genio, nos arrebatában aquí, en magnífico éxtasis de cariño y felicidad. . .

¡Ahora. . . ay! estamos aquí, en el mismo templo, ante el mismo cuerpo, pero en qué distintas condiciones, bajo qué diversas impresiones! . . .

Entonces todo era satisfacción, alegría, felicidad; mas, como vivía el gran Prelado, se necesitaba tener mucha sobriedad en el elogio.

¡Ahora, todo es tristeza, dolor, llanto; y yo que también voy a interpretar vuestros grandes pensamientos y vues-

tras nobles desdichas, he adquirido el triste derecho de que mi inteligencia y mi corazón se desborden en un torrente de cariño, de gratitud y de alabanza. . . . !

Para contemplar mejor los rasgos salientes del Ilmo. Sr. Loza, demos antes una ojeada a la época histórica en que se desarrolló su vida y ejerció su episcopado.

México, la capital de nuestra República, tiene la honra de haber sido la cuna del Ilmo. Sr. Loza, quien pasó la niñez y la juventud entregado al estudio y a la práctica de la virtud; en 1838 recibió el Sagrado Orden del Presbiterado; en 1852 fué consagrado Obispo de Sonora; y a principios de 1869 tomó posesión de esta Metrópoli que gobernó santa y prudentemente hasta el 15 del actual.

La época histórica en que ejerció el Ilmo. Sr. Loza su fecundo pontificado comprende el tiempo tristísimo de las terribles tempestades de la guerra civil en el mar de la sociedad mexicana y la edad actual.

Las corrientes de la historia nos traen todavía como un gran gemido, como una queja lastimera de la patria, el recuerdo de las desdichas de aquella época en que se desarrollaron grandes revoluciones.

¡Qué formidable choque de inteligencias y corazones! ¡Qué torrentes de sangre mexicana vertida, ay, entre lucha de hermanos! ¡Cuántas miserias morales, sociales y materiales!

Recordad cómo algunas veces se derribaban templos, se destruían conventos, se despedazaban obras de arte, se inutilizaban bibliotecas, y muchas veces hasta se profanaba las cenizas del sepulcro.

Todo esto, Señores, debilitó en gran manera las energías sociales, morales y religiosas y desquició muchos hogares llenándolos de infortunio, y se contempló entonces a la patria, abatida, enferma, casi agónica a orillas de la tumba. . . !

Verdad es que en esa época tempestuosa se destacaron algunas grandes figuras que dedicaron sus esfuerzos a contener la marcha impetuosa del mal.

Allí está la noble figura del Ilmo. Sr. Munguía, sabio inmortal que es una gloria purísima de la patria y aun de la ciencia universal.

Acá descuellan la gran figura del ilustre Espinosa, sabio benemérito de las ciencias teológicas y sociales.

Destácanse también la grande inteligencia, la poderosa palabra, el corazón lleno de santas energías de los Ilustrísimos

Señores Garza, Labastida, Vereá, Barajas, Colina y demás venerables Prelados.

Mirad también los esfuerzos colosales de muchos sabios, guerreros, y hombres de buena fé de todos los partidos, por contener el torrente tempestuoso de las pasiones desencadenadas, del odio desenfrenado, y de incontables y tristísimas ruinas. . . !

Pero, Señores, hasta que llegó el momento en que Dios Nuestro Señor por su misericordia inagotable nos concedió la tranquilidad y el orden, la Providencia divina hizo surgir á los obreros de la paz en todos los órdenes sociales; porque no debemos olvidar nunca que sólo el Altísimo puede encadenar los huracanes de la naturaleza embravecida y los inmensos trastornos que produce el corazón humano desbordado.

De ninguna manera pretendo, cristianos, hacer recriminaciones políticas, ni despertar enemistades que gracias á Dios han desaparecido, para que podamos contemplar en un cielo de púrpura y de oro al ángel de la paz sonriente y acariciando á nuestra patria. Y de ninguna manera quiero renovar los pasados odios, porque profeso el principio de que el Sacerdote y el Obispo deben colocarse sobre todos los partidos, (siempre defendiendo con indomable entereza el dogma y la moral católicas, los derechos y las leyes de la Iglesia), porque es el padre que sabe estar en aptitud de no aborrecer á nadie, de orar por todos, de perdonar al pecador, de consolar al que sufre, sean cuales fueren sus desdichas y sus faltas. Y yo repruebo que la religión se tome como medio político para obtener el poder y las prosperidades mundanales; pero aplaudo que la política respete á la religión y le preste su apoyo para desenvolver sus ideales y desarrollar sus derechos. Si he evocado los tristes recuerdos de la pasada lucha ha sido sólo para que contemplemos las grandes ruinas que había que reparar, la obra magna de reconstrucción social, religiosa, moral, científica y aun material que tenía que emprender el episcopado, el sacerdocio todo, desenvolviendo majestuoso y solemne el tesoro inagotable, las santas energías de su misión de verdad, de caridad, de paz, de orden y de dicha. Porque el Sacerdocio católico, Señores, está identificado con la Soberanía sacerdotal del Divino Redentor, del único Restaurador verdadero de la dignidad humana; y tiene por tanto el sacerdocio de un modo relativo omnipotencia de enseñanza, de perdón, de amor y de civilización.

Pero veamos ya al Ilmo. Sr. Loza desarrollando los tesoros

riquísimos de una inteligencia, de un corazón, de una virtud soberanas, en el campo afortunado en que le correspondió cumplir su misión providencial. Para esto consideraremos su acción tanto en orden al culto como bajo el aspecto científico-religioso y religioso-social.

*Acción relativa al culto.*

La gloria divina por medio del culto sagrado rendido por las inteligencias y los corazones, ya individual, ya colectivamente considerados, es el primer ideal que deben perseguir el Episcopado y el Sacerdocio.

Mirad á nuestro amado Padre desde que fué instituido Obispo, dignidad que, según el gran pensamiento del Ilmo. Sr. Munguía, sólo debe aceptarse á título de vocación, no buscando miras ni satisfacciones humanas, lo cual es propio de espíritus pequeños. Él desenvolvió de una manera poderosa el culto en la Diócesis de Sonora primero, donde se conserva gratisimo recuerdo de su acción episcopal, y después en esta importante Metrópoli.

Aquí, Señores, el distinguido Prelado en su dilatado y glorioso período consagró nueve Obispos, significando cada uno de ellos la acción poderosa de la religión en toda una Diócesis. Fueron ordenados por el Ilmo. Prelado más de seiscientos Sacerdotes. En esa época fecunda se levantaron más de cien templos ó capillas, lo cual significa que no solo se restauró las ruinas del pasado sino que se avanzó poderosamente por el camino magnífico del progreso cristiano.

Además, el Ilmo. Sr. Loza necesitó, como todas las almas grandes, para poder vivir en este destierro que llamamos la vida humana, estar impregnado del espíritu de piedad, de devoción y de caridad, y esa devoción se traduce principalmente en obras grandiosas en honor de la Reina incomparable y singular del Universo, de María Santísima, especialmente en su advocación de Guadalupe, y en honor también del Obrero sublime de Nazaret, Sr. S. José.

¡Qué hermosos brotan, á la acción poderosa del Ilustre Prelado, los monumentos gigantescos de su amor á Sr. S. José, ó sea la Asociación del Culto Perpetuo, que tiene centenares de miles de socios, y el Santuario en honor del Castísimo Patriarca, uno de los templos más bellos de esta ciudad!

Imponente, trascendental y consoladora fué la acción guadalupana del Venerable Arzobispo.

El, en unión de sus respetables colegas, los Rmos. Sres. Arzobispos de México y Michoacán, solicitó y obtuvo de la

Santa Sede la concesión del nuevo Oficio y la Coronación de la Santísima Virgen.

Señores, la verdad del *Sobrenaturalismo Guadalupano*, que se impone con claridad meridiana y avasalladora certidumbre, tiene ahora un fundamento más: el prestigio, la inteligencia, el corazón y la prudencia de nuestro ilustre Arzobispo; á esta alma inteligente y piadosa no se le pudieron ocultar los hermosos y beatíficos esplendores del Tepeyac, donde la mano de Dios grabó el pensamiento Divino con relación al destino de México! . . . . .

*Ingressum domus et atrii amplificavit. . . . .*

*Acción científico-religiosa.*

En orden al impulso poderoso que dió el Ilmo Sr. Loza á la ciencia, á la instrucción y á la educación, sobresale en primer término la creación de la Academia Pontificia para conferir los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico.

¡Hermosa y trascendental institución en verdad, con la que se presentaban nobles y justísimos estímulos al Venerable Clero de esta Arquidiócesis para cultivar con mayor entusiasmo las ciencias, y conservar la grande y merecida fama de nuestra antigua y benemérita Universidad!

Vosotros comprendéis la altísima importancia que reviste esta acción científica del Venerable Metropolitano, pues habiendo el tempestuoso huracán de las revoluciones derribado las antiguas Universidades, centros grandiosos de sabiduría y de honor, era necesario sustituirlas en la forma adaptable á las condiciones de la actual generación, para que los Sacerdotes que se distinguieran por su talento y por su ciencia obtuvieran como premio de su mérito y de sus esfuerzos el laurel hermoso con que la Religión y el saber coronan á los héroes del campo de la idea. Y se consiguió este noble fin. La Academia Pontificia funcionó muchos años llenando de gloria á esta ilustre Iglesia de Guadalajara y á su Venerable Clero.

Fijemos ahora por un momento nuestra consideración en el Seminario Conciliar de esta Capital, plantel insigne, casa solariega de Obispos y de sabios, y contemplemos solamente algunos de los efectos grandiosos producidos por el impulso del V. Prelado.

Me refiero, señores, principalmente á la introducción de la sublime Filosofía de Santo Tomás, como base de toda la enseñanza seminarista. ¡Obra fué esta gigantesca y grandiosa, pues el sabio de Aquino realizó con incomparable

maestría la síntesis augusta del pensamiento divino y del pensamiento humano, del Verbo de Dios y del verbo angélico y humano, de la ciencia del cielo y de la ciencia de la tierra, iluminando así y filigranando el palacio grandioso en donde habitan, en santa fraternidad, la fé y la ciencia, la gracia y la libertad, la santidad y la estética! Esta obra trascendental se realizó en perfecta concordancia y armonía con los hermosos ideales del ilustre Pontífice actualmente reinante. Mas no debo dejar pasar inadvertida, al tratarse del Seminario, la inteligente y prudentísima organización que el Ilmo. Sr. Loza dió á los estudios de Humanidades, haciendo conocer á los alumnos con sobriedad y precaución las bellezas de los autores clásicos.

Otra de las obras grandes que honran en gran manera al celoso Pastor, es la institución de las Escuelas Parroquiales, elemento poderoso de civilización, de moralidad, de virtud y de salvación, pues estas escuelas están basadas en la instrucción estrictamente religiosa, sin rechazar nada de los legítimos principios de la Pedagogía antigua y moderna. Yo considero, Señores, la fundación, sostenimiento y desarrollo de las escuelas católicas, de la más alta importancia en el momento histórico por que atravesamos, hasta el grado de que, si fuese necesario y no hubiese otros recursos, deberían emplearse en esto hasta las alhajas sagradas de los templos. Hé aquí por qué el ilustre Arzobispo aplicó su inteligencia, su acción, sus recursos, á fundar, constituir sólidamente y reglamentar numerosas Escuelas Parroquiales en toda la Arquidiócesis, creando también una Junta Directiva que se encargara del gobierno, vigilancia y adelanto de tan benéficos Establecimientos. Erogó el Ilustre Prelado en tan noble empresa cuantiosas sumas, ayudándole poderosamente el M. I. y V. Cabildo.

En fin, Señores, para terminar el desarrollo de este orden de ideas, os manifestaré que el Ilmo. Sr. Loza fué personalmente notable humanista, matemático, jurisconsulto y orador muy distinguido. *Ingressum domus. . . . .*

Pero ¡ay! su pontificado de más de 29 años, y que trascurrió para nosotros rápido como un relámpago, pasó ya! . . . ¡y tristesísimos contemplamos en ese túmulo los despojos mortales del insigne benefactor! . . . . .

*Acción religioso-social.*

Grandiosa fué la acción social de la Religión en el Pontificado del Ilmo. Sr. Loza. Las Asociaciones de caridad, de piedad y de culto desarrollaron de un modo majestuoso sus

BIBLIOTECA CENTRAL